

*Da Capo*SM

I

MAYO ☪ 1989

✓ *Panfleto Musical Independiente del País*

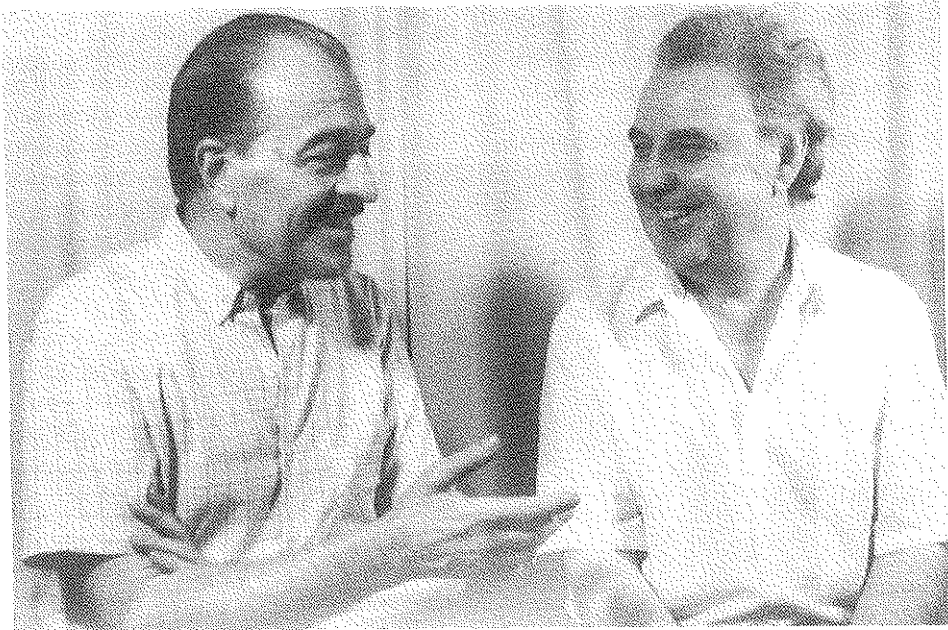
Nocturno para Agustín González de Acilu

Se puede hablar interminablemente con Agustín de música. Siempre está dispuesto y siempre está en el centro de los problemas. Pero digamos en seguida: de los problemas *reales* de la composición, no de alguna ofuscadora derivación de la moda o del oficio comercial más embrutecedor. Porque la reflexión de Agustín nace del trabajo mismo de componer y de sus conflictos y dificultades concretas. Esa es seguramente la razón por la que no se deja, ni se dejó nunca, arrastrar por las polémicas triviales y pasajeras, por las disputas “de los antiguos y los modernos” en su nivel más superficial.

Y sin embargo, Agustín es moderno en el sentido más estricto del término, en el único sentido posible: late con su tiempo. No, por supuesto, en una concomitancia meramente mecánica o biológica, y mucho menos servilmente imitativa, o aprovechadamente funcional, o ridículamente idólatra por la tecnología; sino que él, el

compositor, está latiendo en el mismo corazón conflictivo de nuestro tiempo, de su tiempo. Pocos, poquísimos músicos (¡y no músicos!) están tan identificados con los dilemas de hoy, con nuestras hondas y a menudo monstruosas paradojas. Es de su tiempo, pero conserva además la distancia crítica necesaria para contemplarlo y valorarlo y no aceptarlo ciegamente. Porque hay muchos seres críticos que no son de su propio tiempo, sino sólo nihilistas, o nostálgicos incurables y utópicos; y también hay, por supuesto, muchos seres que son de su tiempo, pero que son incapaces de toda distanciaci3n y que, por ello, se limitan a vivir borreguilmente volcados a la obediencia más fatalista y acrítica de los dictados -o supuestos dictados- de su época.

La noche es jugosa, alegre y fecunda. La hora sagrada y orgiástica de la cena es la mejor ocasi3n para hablar de música y de esta complicada época nuestra, quizá no más complicada



Ram3n y Agustín despu3s del codillo (FOTO: E. Mart3n).

que otras, pero que nos coge vivos y coleando, como peces atrapados en la red, y nos agita desesperadamente. No siempre desesperadamente; quizá no sea una red, quizá sea el ancho mar, y podemos seguir danzando y girando y saltando en las olas. La vitalidad parece emerger por la noche, cuando se han cumplido y vencido los duros trabajos del día, y hay un largo, interminable espacio ante nosotros. Quizá también en esa hora sagrada de la cena se acumulan y potencian algunos valores eternos y elementales de los humanos: el placer del ocio, los placeres del paladar, el placer de la amistad. Y también una especie de solemne dominio sobre el mundo, que comienza a dormir en torno nuestro -por los ventanales se ven las calles casi desiertas, los edificios oscuros, y sólo algunas ventanas con luz en las que se divisa alguna silueta atareada- y sobre el que podemos opinar y dictaminar, vigilantes y en vela. Agustín sabe valorar esos momentos, quizá incluso hipervalorarlos, hacer de ellos resumen y culminación no del día, sino de muchos días y años, de la vida entera una y otra vez, de perspectivas anchas y sin fin hacia atrás y hacia el futuro. Y la música, arte de la noche, como decía Nietzsche, cobra ahora todo su significado. Y un significado, por cierto, no desmelenado ni confuso, no borroso ni irracional, sino, por el contrario, infinitamente lúcido. Es el momento en que algún sustancioso manjar vasco o noroesteño (quizá el codillo germánico) humea en la

fuelle (Carlos Cruz de Castro, meridional o meridionalista, optaría por algún plato más suabio); y un vino rojo traslúcido ilumina las copas (o esos *römische Gläser* que trajimos de Munich, en cuya curvatura tripuda, como en el poema de Heine, se reflejan apretadamente la historia y los seres todos del mundo). De esta manera, la noche da luz al día, vemos algunas cosas más claras -quizá también algunas más oscuras, cosas que esperarán otras noches para aclararse, o para mantenerse siempre en la penumbra-, vigilante así que la música marche bien y no se desmande y pierda su camino; pues, como dijeron los chinos y los griegos, los trastornos musicales pueden significar la ruina del país. O quizá dicho de otra manera: la reflexión sobre la música ha de ser lúcida, inteligente y omnicomprendiva, como la de Agustín; de lo contrario la música misma -el equilibrio del mundo- se arruina. Frente a los muchos músicos que arruinan constantemente la música, Agustín la remoza, la repiensa, la rehace, día a día, noche a noche, mientras hablamos interminablemente, a veces distinguiendo bien entre significativo y significado, entre el corazón intencional de la palabra y su envoltura fricativa, oclusiva, africada; a veces, también, arrastrados por la hibridez de sonido y sentido, por una intencionada confusión semántica y fonológica que salta de copa en copa, de boca en boca, provisoria y en ocasiones fértil síntesis hasta el próximo análisis. ☞



El Grupo de Pamplona, con su entrenador.